

"UNIVERSIDAD, VIOLENCIA y TOLERANCIA"

(Aproximación a una Cultura de la Tolerancia en la Universidad)

Autor:

Lic. Luis Enrique Vizcaya

**Prof. Asistente de la Facultad de Ciencias de la
Educación de la Universidad de Carabobo**

¿Qué es la Tolerancia?. Es la panacea de la humanidad. Todos los hombres estamos llenos de debilidad y de errores y debemos perdonarnos recíprocamente, que ésta es la primera ley de la naturaleza.

Voltaire

"UNIVERSIDAD, VIOLENCIA Y TOLERANCIA"

(Aproximación a una cultura de la Tolerancia en la Universidad)

Innumerables veces la Universidad ha escrutado en el proceso histórico venezolano, el fenómeno de la violencia social. Pocas veces la Universidad se ha sometido a una reflexión en torno a la violencia en su seno y sus consecuencias culturales y sociales. Sobre esta realidad se ha extendido un velo, una omisión, casi una comisión, escurridiza, autosuficiente que supone que esta materia está exenta de revisión o análisis.

Cada día asistimos a diversas formas de violencia, gestionada por la Universidad sobre sí misma y hacia la sociedad es hora de preguntarnos ¿Es esa una condición legítima o natural de la máxima institución cultural del país? ¿Es esta su única y perfecta manera de dirimir su problemática interna o su distancia con la sociedad? ¿O somos posesos de un demonio «antirrevolucionario», que nos pone al lado de esa mayoría indiferente, frente a las tentaciones violentas de la lucha? ¿O será que las fuerzas dominantes de la sociedad han empujado y cebado a la Universidad a cocerse en su propia salsa, a sabiendas que así torna ineficaz su prestigio político, social y científico?

No pretendemos validar o invalidar respuesta alguna, solo estamos obligados a entender la Universidad como un centro esencialmente crítico del entorno social y de sí mismo, empujada a una implacable búsqueda de la verdad.

Sabemos que las respuestas tocan otros problemas como las concepciones acerca de la Universidad y la sociedad, así mismo que las respuestas suponen una revisión de los métodos de lucha y los cambios sufridos por el país y la institución universitaria. Venciendo la tentación de acometer ahora mismo estas respuestas, debemos confesar modestamente que sólo asumiremos la violencia universitaria como un pretexto para explayarnos en una propuesta que busca justificar la necesidad de una cultura de la tolerancia en la Universidad.

La Universidad como Escuela de la Intolerancia ¿Banalidad o Pertinencia de una Reflexión?

Hay quienes suponen a la Universidad como un centro democrático automático, donde sería banal o impertinente esta reflexión; quizás la crónica e incisiva crítica a la sociedad antidemocrática que nos rodea, no permite otear la viga que pega y nos enceguece frente a nuestra propia realidad.

La Universidad esta expuesta, ya hay signos de ello, a convertirse en un centro antidemocrático e intolerante. Hemos recorrido ya un largo trecho hacia la naturalización de la imposición partidista o grupal; avanzamos hacia el acostumbramiento de la postura excluyente bajo el signo del grupalismo o del partidismo. Es común el uso del maniqueísmo (si estas conmigo tus ideas y acciones son buenas, si estas contra mi tus acciones y propuestas son malas y reaccionarias). Abunda la invalidación automática de los actores políticos, quizás como rezago hereditario de la década de los 60 o de procesos de reconversión de los valores políticos de la sociedad en la Universidad (el ejercicio hegemónico-dictatorial del poder, sea institucional, grupal-sectorial).

Hemos asistido tímidamente o irasciblemente a escenarios donde a un miembro de la Comunidad Universitaria se le abuchea, se la apabulla, se le trata de invalidar su derecho de expresión por el simple hecho de pertenecer a un "partido del status", hemos sido testigos de posiciones sostenidas a ultranza, por cuanto las que se proponen como soluciones provienen de organizaciones políticas o gremiales consideradas adversas. Hemos observado a disgusto, como se permiten privilegios fundados en la supremacía transitoria, de un poder también transitorio, un determinado factor universitario, en contraste con las dificultades que se oponen, para el ejercicio de un derecho, a quienes no están emparentados con ese poder.

Hemos presenciado estupefactos como a un Pablo Neruda se le ha expulsado o perseguido en la Universidad, por quienes lo presumían «un traidor a la revolución». Hemos leído avergonzados la negativa a recibir a Jorge Luis Borges por considerársele "un reaccionario". Parece arrancada de una crónica de la Inquisición la quema en la Universidad del libro «Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario» del intelectual venezolano Carlos Rangel.

Conocemos de profesores que no soportan posiciones disidentes en sus clases magistrales. Es repetitiva la quema apedreamiento o el saqueo a víctimas escogidas al azar. Toda esta galería de hechos y muchos más nos habla de una institución intolerante;

¿Sólo una parte de ella?

Hay quienes esgrimen esta excusa, pero sabemos que no soporta una lectura exterior a la Universidad, esa lectura no discrimina entre tolerantes e intolerantes, entre activos o indiferentes. La acusación siempre caerá al azar; ¡Esos son los universitarios! sin distinción alguna.

En una situación semejante, bastaría que algunos de sus miembros persistiera en conductas excluyentes u ortodoxas, para que temamos por la salud moral, espiritual, científica y creadora de la Universidad. Se afecta su esencia universal.

Las reflexiones anteriores involucra a distintos sectores universitarios. Estamos acostumbrados a referirnos a la intolerancia racial o religiosa como topes insoportables de la convivencia social, pero ¿es acaso menos grave la discriminación política o académica?. La Universidad está obligada a ser luz de la calle y de la casa, a contribuir en la formación libertaria e, igualitaria de sus miembros, y de la sociedad a la cual se le ciñe como corona de máxima validez cultural y científica.

A medida que aumenta la crisis en el país, se crea un estado de hipersensibilidad general que, para algunos, justificaría la floración masiva de violencia, irascibilidad e intolerancia, especialmente en la Universidad, donde este razonamiento fundamenta su justificación como la respuesta a la violencia ejercida por «los ricos» (la establecida legalmente, como aquella violencia en el ámbito de las desigualdades económicas, culturales y sociales).

Esta emocional oferta, convertiría a la Universidad en un centro que renunciaría al uso de sus armas estratégicas naturales: su liderazgo político y social fundado en su condición de máxima cantera cultural y científica, capaz de inteligenciar alternativas y recursos para la sociedad. En definitiva la Universidad renunciaría a la capacidad y posibilidad de moverse con inteligencia, en el difícil escenario donde concurren las ideas dominantes con la plenitud de sus poderes materiales y culturales; así, la Universidad estaría siendo usada como escuela para las salidas de fuerza, la intolerancia y el totalitarismo de cuyos males hemos sido víctimas los universitarios en distintos momentos de la historia latinoamericana.

Universidad, Lucha y Tolerancia

Preservamos la idea básica de las Universidades como centro de transformación hacia si misma y hacia la sociedad: determinar la naturaleza de esas transformaciones, las estrategias para lograrla, o el papel que le corresponde a la Universidad, pertenecerían a otra discusión más amplia y más profunda, cuya conclusión o destino no estamos en condición de prefigurar visionariamente. Se hará necesario un estudio e interpretación de la realidad social y de la propia realidad universitaria, ambos conocimientos arrojarían luz cerca de los cambios que deban producirse y la manera y métodos para lograrlos: El modelo de Universidad o el modelo político, social y económico del país que queremos y podemos hacer.

De lo que estamos seguros es que tal discusión y diagnóstico fluye solo en reducidos espacios académicos y que la ausencia de tal discusión y estudios ha sido suplido por vanguardias aisladas, autosuficientes, que se auto califican como acertadas y dueñas de la razón. Es este el terreno fértil donde se desencadena la imposición de visiones, esquemas y métodos de lucha que pretenden arrastrar la Universidad tras sí, allí se mueve y se nutren la intolerancia y la violencia.

Tolerancia no significa renunciar a la lucha por las transformaciones del país o la Universidad o abandonar la lucha por reivindicaciones materiales o académicas o políticas.

Se trata del desarrollo de estas luchas reconociéndole el derecho de opinión y acción a los otros, aun cuando supongamos su equivocación; solo la confrontación y la consulta democrática podrían garantizar la viabilidad de cualquier propuesta o solución.

Determinar un método de lucha, la concepción de ello debe reconocer la opinión y perspectiva de los otros acerca de su adecuación o validez, solo esto daría legitimidad a la lucha y a sus conductores. El suponerse como integrante de un sector "visionario", predestinado o privilegiado, para imponer una política y un esquema de lucha, conduce a un camino no democrático e intolerante y generalmente dirigido a la derrota o a pequeñas victorias circunstanciales.

Sin embargo, una minoría que se considere a si misma con la certeza y la claridad histórica suficiente, está obligada a tomarse el tiempo que fuese necesario para exponer racionalmente sus ideas y convencer de su certeza e idoneidad a la mayoría, sin caer en la tentación de imponerlas violentamente, que es el camino más corto pero conduce al aislamiento.

Esta idea nos conecta con el ejercicio del poder de la Universidad cuya legitimidad debe sostenerse en no tornarse arbitrario o intolerante.

En la búsqueda de una Cultura de la Tolerancia en la Universidad

Esta búsqueda presupone la clarificación de lo que llamamos tolerancia.

Entendemos la tolerancia como la manifestación de una conciencia madura acerca de la existencia y preservación de la libertad, como condición esencial y consustancial del ser humano; para pensar crear y hacer en condiciones de igualdad de oportunidades.

La tolerancia se centra en el reconocimiento del otro, en la conciencia de la existencia de la otredad. Aceptar, respetar; al otro, lo cual no es más que un reconocimiento del «si mismo». Al aceptar y respetar al otro damos legitimidad a nuestra aceptación por parte de los otros.

Tolerancia en conclusión, sería el reconocimiento de la libertad y la democracia para la creación y la acción, el derecho a concurrir no solo para coincidir sino para disentir.

Tolerancia no es solamente «no violencia», es la conciencia activa de permitir, respetar y estimular la fluidez de las ideas y las acciones, que no expongan el interés mayoritario, legítimamente constituido, o la propia existencia de la sociedad o de la raza humana.

Violencia, Tolerancia y Realidad

Pareciera que cada día se hace más irreal y somnolienta la aspiración a una convivencia humana tolerante, los intereses económicos, religiosos o políticos se sobreponen a consideraciones esencialmente humanas como la democracia, la libertad y la pluralidad.

Tal reconocimiento de la realidad no puede conducirnos al entumecimiento, la desesperación o al abismo de la violencia; antes por el contrario, una profunda reflexión sobre el resurgimiento de las pasiones fundamentalistas, con manifestaciones terroríficas para suprimir no solo las ideas sino las cabezas que las contienen, nos conducen a la pertinencia y necesidad de una educación para la tolerancia y la paz.

Existen quienes piensan que esta reflexión flota sobre la realidad y surge de una actitud santurrón o bobalicona. Supone que no tiene ninguna fundamentación en la realidad económica y social de nuestros países llamados del 3er y 4to. mundo.

Imaginan que siendo la realidad dominante violentamente desigualatoria, fatalmente irracional, conllevaría obstinadamente a una respuesta cortante. radical e igualmente violenta. haría inútil y tonta una propuesta que involucre tolerancia.

Sin embargo, es precisamente la realidad brutal las que nos empuja a pensar que una conjunción transformadora supone una altísima condición reflexiva, que pueda competir con inteligencia en los escenarios de dominación material y cultural, de la cual la simple violencia automática y emocional vendría a convertirse en un elemento de retraso y entorpecimiento histórico.

En ninguna circunstancia puede tener cabida la intolerancia obsesiva y desesperada, antes por el contrario el llamado es a producir un clima favorable para hacer converger ideas y estrategias de distintas sensibilidades, para una suma favorable al cambio, bajo el signo de la tolerancia productiva y activa.

Estas reflexiones nos llevan a topamos con las que sostienen la necesidad histórica de la violencia. No pretendemos ignorar aquellas circunstancias, en las cuales se ha legitimado como opción política y social.

Esto ha sido producto del agotamiento de otras vías de negociación política, por la tozudez de factores que se niegan a modificar su poder, omnímodo, creándose un estado de indefensión e indignancia de la mayoría.

Esta decisión es un salida con fundamentación política superior y extraordinaria, muy lejana de una respuesta emocional y obstinada.

Corresponde a una conclusión especialmente reflexiva, discutida, fundada en un conocimiento de la realidad a la cual se pretende transformar. Históricamente; no solo ha conducido única y exclusivamente a la violencia, podría desembocar también en mecanismos pacíficos de cambio: el ayuno, la resistencia pasiva, la solidaridad y la negociación internacional, cuya manifestación no es violenta y ha demostrado una altísima y extraordinaria eficacia política (India, Cuba, etc). La violencia como dogma es profundamente inhumana y reaccionaria.

Es fácil percibir que ha cambiado la consideración de la especie humana hacia las salidas violentas. Las guerras mundiales, las diligencias bélicas para exterminio masivo, las fricciones y acontecimientos brutales generan una atención activa a través de la red comunicacional y la repulsa y angustia de la humanidad.

Nos atrevemos a decir, que hay una percepción humana cualitativamente distinta ante la violencia, como salida social. Hoy los dominios de poder se ejercen política, tecnológica y económicamente, sin uniforme o arma alguna. Las armas nucleares quedan para la disuasión, y su inutilidad y gravamen es cada vez mayor.

Avanzamos a un escenario donde el dominio de la negociación política será determinante, nacional o extranacionalmente.

Una nueva Dimensión Política y Espiritual para la Universidad (Concreción de una Educación para la Tolerancia)

La concreción de una educación para la tolerancia no puede reducirse a unas iniciativas aisladas, espectaculares y desarticuladas; aun cuando la tolerancia no es un fin en si mismo, debe asumirse como una finalidad del proceso enseñanza-aprendizaje; debe integrarse como filosofía, consustanciada con la existencia y esencia misma de la Universidad.

Esta educación debe convertirse en discurso natural, ordinario y hasta curricular. Debe fluir a través del quehacer académico-científico y de las expresiones políticas y culturales de los integrantes de la Comunidad Universitaria.

Educación para la tolerancia debe ser el centro de un debate simultáneo, «una campañas permanente, haciendo sentir su necesidad y pertinencia social. Debe hacerse entender como un elemento vital para la existencia de la Universidad como centro para reflexionar, crear y actuar; debe hacerse sentir como garantía de la libertad de investigar y aprender, de enseñar y disentir, que es precisamente lo que legitima nuestro papel y presencia social.

Hoy los cambios económicos, sociales y políticos han influido e interactuado con los cambios morales, espirituales y culturales de la humanidad.

La Universidad ya no es la cuna exclusiva del saber, el desarrollo tecnológico ni axiológico. La revolución científico-técnica, los cambios económicos, y por supuesto políticos sociales, han despertado y estimulado dimensiones valoratorias y territorios humanos que han nutrido las fuentes políticas de la sociedad, haciendo de ésta un ente autogestionario de saberes, valores, discursos y propuestas políticas y espirituales.

Ante tal realidad, de nuevas dimensiones y territorios de saberes, conocimientos y fuentes axiológicas, la Universidad debe redimensionar su papel reducido hoy solo a dotar de planta profesional a la industria económica y política (burocrática).

La Universidad debe favorecer la conciencia de las fuerzas positivas, favorables al desarrollo social. Debe contribuir a hacerle piso a una nueva tabla de valores y paradigmas de la sociedad. Debe servir de sostén a los valores morales, culturales, políticos y materiales de la sociedad.

La Universidad como centro activo de una educación para la tolerancia y la democracia

La tolerancia no es fin en si mismo, su propósito final debe ser el favorecimiento de un desarrollo material y cultural con igualdad de oportunidades para los integrantes de una sociedad. La Universidad dispone de franjas y signos propicios, científicos, tecnológicos y culturales, que pueden estimularse para si misma y hacia la sociedad. La Universidad tiene una disposición cultural, no automática sino cultivable, para favorecer una cultura de la tolerancia. Se hace necesario una cultura ética de la comunicación, y la estructuración de un poder legítimamente democrático. Se hace necesario vencer la tentación hegemónica, sea este institucional o gremial (partidos, grupos, etc).

De requerirse una justificación de una Educación para la tolerancia, no puede ser otra la preservación de al condición libertaria y democrática de la raza humana, y de la cual la Universidad, como institución cultural fundamental, no puede excluirse o rehuir, mucho menos en las circunstancias actuales en las cuales la intolerancia política, religiosa o económica expone la preservación de la convivencia humana y de la especie misma.

La Universidad como una de las instituciones más sensibles de la sociedad, pudiera crear un campo de canalizaciones de las "fuerzas de la insatisfacción social" para convertirlas en fuerzas transformadoras, constructivas, como antídoto social a las salidas de fuerza y los totalitarismos.